

Habitar

Por DAVID VILLAGRÁN

Vencimiento

Era otoño,
una a una las hojas se volvieron
sinuosas, o era el paso
de una bicicleta entre ellas,
el tejido leve que el viento urdía
dando su medida a la estación.

Habría que detenerse un día,
preguntarás cuándo
es el resto de las horas en tus bolsillos
cuando a tu lado pasa la juventud

Cuando,
es la lluvia que le corresponde
mientras el sol a paso lento
galopa sobre los periódicos.

Ata una cuerda a tu mano.
No hay sombra en la velocidad suficiente.

Crece tu cuerpo
como en sueños crece la noche.

Polvo

La lluvia
trae al alma una tranquilidad
de la cual carece.

Cae. El cuerpo,
quisiera pensar que no siente,
pero la tierra húmeda
rezuma el eco de muchas ruedas.

Jamás parecieron las calles
contar algo para luego hablar de ello;

Del barro que espera llegar a todas las puertas
como un pariente perdido.
De la gente que secamente deja sus casas
con el aseo de un día claro.

Hablo, naturalmente,
prevenido por una distancia,
que espero encontrar su lugar en el tiempo.

La luz de un arte mecánico

Antes, pensé
lo que uno solía morir en actos
meros, cotidianos,
como lavar loza y hacer aseo.

Amonestaba la vida

leyendo el juicio que el jardín esgrime
con línea recta al infierno sinuoso.

Más todo imposible repite
cansando su propio misterio,
hasta que por hábito
podemos llamarlo.

Ah- la cama nocturna, dejada
por el cuerpo diurno,
es el vestido que somos
para la naturaleza un día.

Sin embargo está el río
manchando y limpiando un cuerpo de seda
entre los pueblos de su lecho
y los puentes de su cauce.

Moneda

Me dijo, pensaba en carreteras
lejanas y aletargadas de venidas,
circunnavegación de la moneda.

No sé qué siglo corría,
pero a las vallas sumaba las velas,
y la fatiga de los hombres
se nos devolvía.

Era el valor,
eran los riesgos de la filosofía especulativa.
Donde nuestros rostros fueron grabados,
dando un nombre que a las cosas consumía.

No sé qué siglo corría, me dijo.
Pensaba en carreteras.
Pero nos reunía un fuego en torno
al vidrio oscuro por donde pasaba la vida.

Las acciones,
no tocaron al Ángel azul tras la vitrina,
pero escrutaba
que no aquilataba las lilas.
El jardín era de todos y ninguno.

Estatua

Asolaba
un hombre muerto la altura precisa.
Levantó el brazo, espoleó el aire negro.

Si decir pudiera siglos más tarde,
ni dos huesos
del cuerpo que ahora machaca la piedra.
Quien le sopla insistente los pámulos
y a golpes trajo, sin encabritarlo,
un caballo.

Hoy el polvo ha abandonado los campos.
Batallas, entre los ganados sólo
cuando ellos
imaginan los caminos de tener
la altura precisa de un hombre muerto.

Pero hoy lo he visto, al dÃ- a Â¡Yo lo he visto!
 SÃ© que ha vuelto. SÃ© que el sol es la sangre
 entibiando ahora su espada. Y son muchos,
 los muertos que Â©l reÃ- ne cabalgando.

Siglo XIV

No busquen la historia, escrita
 la pluma dejÃ³ la carne,
 y el ave el vuelo.
 Tuve el tiempo a mis espaldas.

Aquellos ojos mÃ-os de mil novecientos,
 no vieron las puertas del futuro,
 batientes, entre cÃ- mbalo y estante.
 Ni su inocencia.

Las llaves que cierran y que abren
 me legaron, fuentes de plata y sangre,
 anillo justo al Ã-ndice de la hora,
 y al espÃ-ritu, dorada corona.

Porque dÃ- la medida con mi vara,
 para poner la honra en sorna,
 y sobornar al rayo y sus fulgores
 donde mi imagen acompaÃ±a al oro.

DirÃ- n que fui la grava en las artes
 liberales, por montura y cruel espada,
 que acuÃ±Ã© en la palma de las eras.
 Pero nadie tejiÃ³ la blanca estola.

Cierto hombre, alguna vez, puso
 su puÃ±o en el entrecejo del Padre,
 dividiendo las aguas, o la piedraâ€

Yo tomÃ© curso, revoluciÃ³n primera.
 Puse el sol en mi mano. Digamos,
 que inaugurÃ© el juego macabro,
 o bien el hecho de darle vueltas.

Â Ciudadela

Tengo que decirles algo
 de la ciudad antigua,
 sobre la que nadie pasa,
 y la gente se admira.

Entre el aire y el agua
 me la fueron sacando,
 pero el cuerpo le faltaba,
 en la madera bruta.

Le brillaba un solo clavo,
 y sonreÃ-a, el viento
 por la pequeÃ±a aspereza
 de su ruido mÃ- s fino.

Apenas viva caminaba,
 ganando a cada paso
 la medida de su vara.

Tropezaba su espalda.

Â Pieza

DifÃ-cil como hacer todo de uno,
alguien reposa entre murallas blancas
para ser movido luego.

Piensa que es un hijo que se acomoda
en la soledad de una cadencia.
Ten la imaginaciÃ³n de su madre
luego, frente al especiero.

Como el reloj cabe en la antelaciÃ³n
del tiempo justo. Sirve,
al corazÃ³n hambriento
mientras cocinas lo de siempre:

Un cÃ-rculo y unas manos,
el espacio de una boca que nada decanta
Â¿quÃ© debiÃ³ cantar?

Sentencias sobre un Ãrbol

Curvo el tiempo
dentro de un Ãrbol, escribe
el viento que aguarda,
y la quietud donde germina.

Afuera ha llovido mucho,
digamos,
ayer y este dÃ-a.
Se fue quedando solo el tronco,
que mis libros miran con envidia.

No sÃ© cÃ³mo le vino el juicio,
mÃ¡s rÃ-pido que los testigos.
Ni cuÃndo cantaron los cables
que se juntaron los vecinos.

Miro las manos de cada uno,
y las hojas no estÃn volviendo.
Fueron trozos de la corteza,
reafirmando su independencia.

Libre el recuerdo,
ContinÃ³a mi cuerpo, prospera
en la medida de su esfuerzo
por ir aprovechando el tiempo.

A cada lÃ-nea donde se arrima,
un Ãrbol se da por aludido
si nunca nadie lo ha visto.
La tierra lo sacÃ³ de cuajo.

No hace falta ningÃºn diluvio,
que corte simetrÃ-a al cielo
para reunir a los hombres
en medida de lo posible.

Sin pensar recogÃ- las tablas,

y las forcé a su propia imagen
como arca reducida a casa.
No seré nuestro paraíso.

El mundo, sin embargo, puede
entrar. Si buscas una llave
para la puerta que está abierta,
has perdido toda esperanza.

Traslado

Te acuestas cansado, el día
cual ni hacia su madre corrió a tumbos.
En tu pecho quieres creer, se agita
un atleta entrenado a la paciencia.

Ten confianza, algo se obtuvo
del ayuno al almuerzo y de vuelta.

Si el sueño que sale de tu frente,
gira impasible por la almohada,
amasa una fortuna para el fuego.

Dormida sentó cabeza la vida.
Le conduce sin cuidado
que dispense el movimiento.

Ve traduciendo su ritmo de risa,
de queja, tumulto, y a trazos
haz uso del idioma de tu danza.

Aunque el ruido del horno te contenga
y la hora compre y venda todo paso,
el calor se quedará en tus ojos
nuestro sueño recibir su forma,
tendrá tu cuerpo la energía de un beso.

Empleo

No tengo trabajo,
por una habitación sin coraje
me empeño en vigilar a la noche
sitiado entre las cosas
y su lugar permanente.

Con violencia,
presiono su ruido en la almohada
pero no deja en paz los interruptores,
llena los ceniceros de tiempo,
secreto dominio en las llaves ejerce.

Haciendo pequeños viajes,
traslado su uso y desuso
porque no tengo empeño, me digo,
en ir trabajando la noche.
Blancas las paredes
hacen tabula rasa de mis ojos
quietos sobre la ventana, antes.

Entra en mi corazón
un plato de sopa caliente,
mismo jornal del que vino

a las tres, a las cinco, a las siete.

A las diez se abre la puerta del closet
y tengo que abrir la suya a la noche.

Â
Ropa

El esqueleto ha blandido calzando
lo visto y lo vivido, pende
de los garfios, de las horas
pareciendo una caja que flota
llena de fantasmas, o banderas
curvas por el viento
y sacudidas de la tierra.

Si todo lo que el cuerpo dio
ya lo envuelve el alma, limpio
como la ropa que deja un hijo muerto,
prefiero postergar el regalo
que atraviesa los mares, la invasiÃ³n
de los mercaderes que imprimen
la historia de los aÃ±os en mi deseo diurno
por levantar mi mÃ¡cula, mi ruina.

No comprendo el idioma de los muertos,
ni los colores que atestiguan
la rica pobreza de sus telas.
Pero cantan, ocultÃ¡ndome abandonan
la rabia que condujo nuestros viejos huesos
a embestirse jÃ¡venes, desnudos por un paraÃ±so.

Comprendo el arte de dormir con ropa.
Si el esqueleto ha blandido
todo lo que el cuerpo dio calzando,
mi mancha, mi ruina. Sacudidas de la tierra.

Â
Lento

La luz de la maÃ±ana pierde el espacio
que las lÃ¡mparas encendieron.

Los perros dan vueltas en el patio
Orinan, defecan en silencio.
Tu madre pregunta por lo que me falta,
caminarÃ¡ al supermercado luego.

Piensa, cuÃ¡nto podrÃ¡a durar un cigarrillo
cuyo humo se levanta con el dÃ¡a.

EstÃ¡n listos los garbanzos, ha dicho.
Su desorden, la lluvia que se espera,
el angosto ruido del telÃ©fono.

Sales de la cama a contestar preguntas
que ni yo mismo todavÃ¡a encuentro.

Respuesta

Rodeado por el cardo del patio
un niÃ±o en pijama y pantuflas
timbra la risa de un juez de provincia
sobre tu racimo de preguntas.

Todos los caminos del recuerdo
conducen a su oficina apacible,
donde depositas la ofrenda
y comienzas bajando la cabeza.

Rindes las cuentas de siempre
mientras su perro se apoya en tu pecho
pero cada vez salta más alto. Veraz,
supera el dictamen, ignora la pandereta.
¿
Tu padre siente la crueldad de la escena,
el olfato del perro por la manzana
la risa del niño midiendo la casa.

Pudiste responder escondiendo
tu corazón en la justicia del cardo.
Una semilla de mostaza lo imaginaste
para los pájaros, futuro abrevadero.

Pero hoy el árbol crecido de tu infancia
cede ante la llave de paso, como el cardo
a la baldosa se arrodilla. Y su justicia,
ante tu boca, todo lo haz hecho pequeño
te responde.